

había enjugado y podía enjugar aún, la política sin entrañas, la política sin Dios le hace peregrinar por el destierro, pobre y sin ningún recurso, después de haberle despojado inicua-mente de lo que de derecho le pertenecía; y esto no por otra causa sino porque se cumpliera en él lo que Jesucristo pre-dijo á sus fieles Apóstoles y á cuantos habían de seguir sus nobles ejemplos. *Si fuerais del mundo, el mundo os amaría como á cosa suya; mas porque no sois del mundo, sino que yo os elegi de él, por eso os aborrece el mundo. Acordaos de las palabras que os he dicho: no es mayor el siervo que el se-ñor; y si á mi me han perseguido, también os perseguirán á vosotros* (1).

En el capítulo siguiente veremos hasta dónde llegó la osa-día de los enemigos del P. Claret, junto con los demás sucesos acaecidos hasta su santa muerte.

(1) Joann., XV, 19-20.



CAPÍTULO XVI

DE LA ÚLTIMA ENFERMEDAD DEL SIERVO DE DIOS, Y DE LAS CIR-
CUNSTANCIAS QUE ACOMPAÑARON Y SIGUIERON Á SU SANTA
MUERTE.

1. El Señor le revela su cercana muerte.—2. Historia y descripción del monas-terio de Fontfroide, última morada del Siervo de Dios.—3. Vida de oración y recogimiento que hizo el P. Claret en el monasterio.—Ejemplos virtuosos.—4. Se da cuenta á la autoridad del lugar donde estaba el Sr. Arzobispo.—Cúmplense dos anuncios del Siervo de Dios.—Esperanzas frustradas de vol-ver á Prades.—Calumnias que le levantan en España.—Intentan los revolu-cionarios registrar el convento.—5. Última enfermedad del Siervo de Dios.—Recibe los últimos Sacramentos y profesa en su Instituto de Misioneros en manos del Rmo. P. General.—Accidentes de su enfermedad y admirable pa-ciencia con que la sobrellevó.—Ejemplos edificantes que dió en ella.—Su san-ta muerte.—Prodigio acaecido en el instante de su muerte.—Sus exequias.—Un pájaro misterioso canta sobre su túmulo y desaparece terminadas las exequias.—Maravillosa flexibilidad de su cadáver á los tres días de muerto.—Su sepulcro.—Cómo pagó el Siervo de Dios desde el cielo á los monjes su ge-nerosa hospitalidad.—Exequias que se le hicieron en España.—Aparécese des-de el cielo á una religiosa.

1. Créese muy fundadamente que el Siervo de Dios tuvo revelación de su cercana muerte mucho antes que acaeciera; de lo cual traeré aquí tres testimonios de personas fidedignas, á quienes el santo Arzobispo dijo en confianza que moriría pronto. “Antes que yo marchara para Hannover, — escribe el reverendo D. Juan Bautista Navello, — fui á verle en Roma. Él me dijo que su carrera había concluido, que deseaba ver á Dios cara á cara, al cual en este mundo sólo podía contemplar *per speculum*. Me parece que me dijo: “No me verá Ud. más en este mundo.” Añadió que yo debía pedir á Dios que él mu-riera muy pronto, y le contesté que, todo al contrario, rogaría á Dios eficazmente que le conservase largo tiempo para nues-tro consuelo y para el bien de la Iglesia y de la sociedad (1).”

(1) Carta del 10 de Diciembre de 1870

El Emmo. Sr. Cardenal D. Mariano Barrio, Arzobispo de Valencia, escribió lo mismo al Ilmo. Dr. Aguilar con estas palabras: "En contestación á la favorecida de Ud., debo decirle: que efectivamente mi virtuoso y querido amigo y Hermano, el Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo D. Antonio Claret, durante nuestra estancia en Roma me significó, á lo menos por dos veces, en la Sala conciliar, que moriría pronto, y que, ignorando si para cuando este caso llegase tendría Secretario, me rogaba comunicase yo á todos los Hermanos su fallecimiento, del que se me daría aviso, para que se le aplicasen las Misas de Hermandad (1).", Así se verificó puntualmente, y en carta que el mismo Cardenal escribió al Obispo de Urgel, después de la muerte del Varón de Dios, para cumplir el encargo de éste, le recuerda aquel profético anuncio.

En Agosto de 1870, estando el Sr. Arzobispo en Prades, mandó un día llamar al Rdo. P. Clotet, y haciéndole sentar en el sofá le dijo con mucha dulzura: "Deseaba ver á Ud. para decirle que mi muerte está cercana, y debo, por tanto, hacerle un encargo (2).", Tan cercana estaba que, como veremos, falleció al mes siguiente.

Antes de referir los postreros actos de la vida del Siervo de Dios, bueno será describir el último lugar de su morada terrestre, en donde sus virtudes brillaron con más esplendor, como los vivos resplandores que despide la lámpara al extinguirse su pálida luz.

2. "El monasterio de Fontfroide, — dice el autor de las Memorias, — es lugar de gran recogimiento, no sólo por lo que yo he experimentado, sino por lo que he oído decir á muchos de los que han visitado aquel lugar. El sonido argentino de la campana que á las tres de la madrugada llama á los religiosos á la iglesia; la misma iglesia, los altares y las imágenes, los monjes y su hábito de coro, todo inspira devoción. Llámase el monasterio con el nombre de Fontfroide, en latín *Fons frigidus*, de una fuente de agua bastante fría que se halla no muy distante de aquel sitio. Edificóse el monasterio en el siglo XI, y fué aquella abadía hija de otra de las más ilustres del Cister, fundada por el glorioso San Bernardo. Entre los numerosos aba-

(1) Carta del 30 de Noviembre de 1870.

(2) Memorias inéditas del Rdo. P. Clotet.

des que le gobernaron, merecen nuestra atención el reverendísimo P. Santiago Fournier, más tarde Sumo Pontífice con el nombre de Benedicto XII, el cual murió en olor de santidad en 1342, después de un pontificado de ocho años, que fueron para él una verdadera corona de espinas por los grandes trabajos que padeció para restablecer la disciplina eclesiástica y regular y para alcanzar la concordia entre la Iglesia y el Imperio.

„La revolución de 1789 convirtió en ruinas aquel magnífico edificio, que está á 12 kilómetros de Narbona, y aun las mismas ruinas tuvieron que comprarse por la enorme suma de 80.000 francos. Los religiosos Trapenses, Cistercienses ó Bernardos de la abadía de Senanque, departamento de Vancluse, lo alquilaron al Barón de Saint-Aubin con intención de adquirir la propiedad á un plazo prefijado. Comenzó á ocuparse de nuevo en 8 de Septiembre de 1858, fiesta de la Natividad de la Virgen Nuestra Señora. La humilde colonia que fué á reparar las ruinas de Fontfroide se componía de 12 religiosos: cuatro de coro, seis Hermanos coadjutores ó conversos, como allí suelen llamarlos, y dos novicios. Un saco de patatas y un caldero para cocerlas era todo su equipaje; 126 francos recogidos de limosna la cantidad que llevaban para las necesidades del camino. Con el sudor de su rostro han ido, pues, ganando el pan que comen, la considerable suma con que han pagado ó van pagando el referido precio y las reparaciones que hacen, volviendo á poner la iglesia y la casa en su primer estado. Al llegar allí no hallaron los Religiosos una silla para sentarse ni una cama en que poder dar descanso á sus fatigados miembros; durante muchos meses, algunas tablas y unos montones de paja les sirvieron de mesa y de cama.

„La hermosa iglesia, antes tan floreciente, no tenía puertas ni ventanas que la preservasen de las inclemencias del tiempo. Habíanle quitado los altares, las estatuas, las imágenes, los sepulcros y hasta las baldosas del pavimento. El claustro, uno de los más estimados y elegantes que hoy día hay en Francia, había participado de la misma suerte que cupo al santuario. Para apagar la sed de oro, vendieron los bandidos las graciosas columnitas que resaltaban en él sobremanera con sus lindos capiteles. Las otras piezas del edificio, como la sala capitular, la sacristía, los refectorios, etc., gra-

cias al grosor de sus paredes, resistieron la tormenta revolucionaria. Después de mucho tiempo y trabajo consiguieron los monjes volviesen á resonar los sagrados cánticos bajo las bóvedas seculares de aquel majestuoso templo, el cual ha recobrado el aspecto imponente de los tiempos antiguos. Construido de sillería como lo restante del monasterio, forma tres espaciosas naves con un grande crucero y en él cinco altares con sus propias capillas. La nave colateral del lado de la Epístola tiene también varias capillas, pero no la del Evangelio, que confronta con los claustros, á los cuales da salida por una puerta.

„Los altares son graves y sencillos como los de los primeros siglos de la Era cristiana. Junto á la pared, y á determinada altura, levántase en cada uno la estatua ó la imagen de Nuestro Señor, de la Virgen Santísima ó del Santo á quien está dedicado. Separadamente y en lugar inferior, sobre gradas de piedra blanca y bien labrada, están el crucifijo, de tamaño regular, y dos, cuatro ó seis candeleros con sus velas que, junto con el ara consagrada, componen el altar del sacrificio. No hay en los altares otras imágenes ó adornos, si se exceptúa el hermosísimo del Sagrado Corazón de Jesús, que está en una de las capillas colaterales, el cual, además de la imagen titular, que está en el centro, tiene á los lados, pero en sitios inferiores, la de la Madre de Dios á la derecha y la de San José á la izquierda. Este riquísimo altar, todo dorado y de estilo ojival, tiene señales de ser regalo de algún caritativo bienhechor. En medio de su sencillez no carecen los altares de mérito artístico, que lo hay, y muy notable, en las imágenes, en las gradas y en las mesas. Descuella en el mayor la grandiosa y hermosísima estatua de María Santísima sobre un pilar de piedra blanca, que se puede divisar desde la entrada de la iglesia; pues si bien el coro de los monjes se halla en medio de ella, conforme al uso de los tiempos en que fué construída, la pared que lo divide de lo restante de la misma no pasa de un metro de alto. Las molduras del sobredicho altar, según dicen, son debidas al cincel de un escultor muy hábil de Beziere; las de los demás altares son obra de las industriosas manos del P. Antonio, ya difunto.

„El edificio es de grandes dimensiones: en el ala del norte están la entrada, una capillita pública, varias salas y cuartos

y las ruinas que no han podido aún repararse; en la de oriente, el noviciado, las celdas y los dormitorios; en la del mediodía, las habitaciones y los dormitorios de los monjes profesos, los claustros y la iglesia, y detrás de ésta el cementerio; en la de poniente, la hospedería con dos habitaciones para un Padre y un Hermano lego que estaban al servicio de los huéspedes: éstos van á la iglesia y á su propio comedor sin tener que pasar por las estancias ni por las puertas de los dormitorios de los monjes. Fuera del monasterio y en la parte del mediodía está la huerta y en la misma parte del mediodía hay un bosquecillo, en el que vi algunas colmenas.

„Los religiosos llámanse Trapenses de la Trapa moderada pero propiamente son Cistercienses ó Bernardos. Visten hábito de lana blanca con escapulario negro, y por faja ó cinturón una correa. El hábito de coro es la cogulla blanca, hábito majestuoso que cubre todo el cuerpo y es á manera de capa con estrechas mangas y capucha. Su régimen alimenticio está combinado de manera que, sin regalar el paladar, conserva las fuerzas corporales y ayuda á la mortificación sin dañar á la salud. Por lo común se abstienen de la carne: por desayuno toman un poco de pan tres días á la semana, y en los demás días entendi que lo comen con un poco de fruta; al mediodía y á la noche sopa y legumbres, á las que añaden á veces alguna ensalada.

„Su silencio es absoluto: sólo se interrumpe por una breve conversación los domingos y días festivos. Exceptúanse de guardarlo tan rigurosamente los monjes, sean sacerdotes, coristas ó conversos que por algún motivo, y con permiso del reverendo Padre, han de hablar con forasteros.

„Sus celdas son pequeñas como los camarotes de un navío: en ellas no hay sino lo indispensable; la cama consiste en un jergón y dos mantas de lana. Se acuestan vestidos, como los soldados en campo de batalla; sólo se quitan el calzado por motivo de limpieza.

„Se levantan todo el año á las tres de la mañana y se acuestan á las ocho de la noche. Al levantarse se dirigen á la iglesia y rezan los Maitines, á ellos siguen la meditación y la santa Misa, que unos celebran y otros oyen, y á las seis la Prima y el Capítulo, para el cual se reúne la Comunidad en la sala capitular: en ella se lee alguna parte de sus Reglas ó Consti-

tuciones, y luego el Rdo. P. Prior ú otro de los más respetables da á los religiosos una instrucción sobre lo que se ha leído. Toman en seguida un ligero desayuno y después se dedican al estudio los Padres y coristas, los cuales, por la mañana, tienen dos conferencias, la Tercia, la Misa conventual y la Sexta. Por la tarde, á la una y media, rezan Nona, tienen luego tres horas de trabajo; Visperas á las cinco, si mal no recuerdo, y á última hora Completas. Á más del oficio del día tienen el de la Virgen y el de difuntos los días en que se puede rezar según las Rúbricas, y usan del Breviario publicado por el Papa Paulo V. Los Hermanos legos se dedican al trabajo corporal mañana y tarde, ya ocupándose en la labranza, ya en otros oficios. La salvación de las almas de los prójimos no es el objeto directo de su vocación religiosa; las ayudan, sin embargo, á salvarse, ofreciendo por ellas sus humildes oraciones y sus austeras penitencias. También admiten á los sacerdotes y seglares que desean pasar allí algunos días de retiro.

„Es muy digno de notarse que en 1880, cuando iban los revolucionarios á expulsar de su convento á los inofensivos monjes de Fontfroide, como lo hicieron con los individuos de todas las Órdenes monásticas y Congregaciones religiosas, recibieron una contraorden que les obligó á volverse á Narbona. Gracias sean dadas al Todopoderoso, que así dispuso que los dignos depositarios del mejor de los tesoros que nuestra Congregación posee no fuesen molestados y pudiesen ser un día testigos de la veneración que al gran Claret profesan muchos de los señores que han visitado el monasterio.„ Hasta aquí las Memorias del P. Claret.

3. Hecha esta pequeña digresión, vamos á enlazar los sucesos. Á su llegada al monasterio el Siervo de Dios no recibió sino con marcada repugnancia algunos testimonios de respeto que los religiosos creyeron deber tributar á su alta dignidad, á sus virtudes y á sus desgracias: por estrecho que fuese en aquellas circunstancias el modo de vivir de los monjes, su Excelencia insistió en ser tratado en todo como simple religioso, y, en efecto, desde aquel instante su vida fué la de un perfecto cenobita.

Aposentado en un estrecho y pobre cuarto, levantábase el Siervo de Dios muy de mañana y consagraba largas horas á la oración. Por la tarde solía pasar muchos ratos delan-

te del Santísimo Sacramento (1). De ordinario asistía todos los días á la Misa conventual y por la tarde á Visperas y Completas, y acostumbraba á decir la Misa en el altar de San José (2).

Su mayor preocupación eran los contratiempos de la Iglesia y los extravíos de las almas. Tocante á su persona y á sus infortunios guardaba absoluto silencio, porque había llegado á un completo olvido de sí mismo. Jamás se le oyó quejar de persona alguna ni mostrar resentimiento. Queriendo un día el Rdo. P. Prior dirigirle algunas palabras de consuelo, recibió de S. E. esta respuesta: „Mi gloria y mi alegría está en la cruz.„ Su tranquilidad exterior y la apacible serenidad del semblante daban claro testimonio de la paz profunda que disfrutaba en su corazón y del contento inefable que experimentaba su alma, lo cual hacía superfluo todo cuidado en animarle y sólo daba lugar á la admiración. En alas de la fe levantaba su espíritu en todas las vicisitudes humanas, y en todos los acontecimientos, ora fueran favorables, ora adversos, sólo veía la mano amorosa de la divina Providencia, que le inspiraba una sumisión respetuosa y filial. En cuanto á las necesidades de la vida, se acomodaba á todo con rara facilidad; nada pedía y nada rehusaba por pobre que fuese; seguía, á pesar de sus achaques y escasas fuerzas, con la abstinencia voluntaria que se había impuesto de no comer carne ni beber vino, y únicamente alguna vez aceptó un poquito por condescendencia.

Nuestro Rmo. P. General dejó al Sr. Arzobispo en Fontfroide con la promesa de visitarle á menudo, como lo hizo, en efecto, hasta su muerte. Á mediados de Agosto, como supiese la tenaz persecución que continuaba contra él, se le renovó la idea de ir á Roma, temiendo que su permanencia en Fontfroide fuese perjudicial á sus Misioneros de la Casa-misión de Prades; pero las reflexiones del Rmo. P. Xifré le detuvieron. Entretanto, no cesaba de rogar por las necesidades de sus Hermanos, y de un modo especial por sus perseguidores, como se ve en una de sus notas: „Hoy, día 10 de Agosto,—escribe,—he conocido que se ha de orar del modo que sigue: conside-

(1) *Semana Religiosa* de Perpignán, 11 de Febrero de 1881.

(2) Relación del P. Lorenzo Puig.

rando á Jesucristo en la cruz en las tres horas de agonía, á María Santísima, á San Juan, á la Magdalena y á las Marías. todas las almas buenas se han de unir con ellos en espíritu y pedir al Eterno Padre por la conversión de los pecadores, la perseverancia de los justos y el alivio de las almas del purgatorio.„ Y para los enemigos añade: “Hemos de decir con Jesucristo: Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen.„ Aunque se hallaba impedido de trabajar directamente en la salvación de las almas, consolábase pensando que “Jesucristo reveló á Santa Teresa que, sin salir de la soledad, con sus oraciones y virtudes ella y sus Religiosas habían ayudado mucho á la propagación de la fe y á la conversión de muchos herejes y pecadores. Dice la misma Santa que los votos y las lágrimas de las Religiosas habían ayudado mucho á las empresas de los hombres apostólicos (1).„

4. Pareció al Rdo. P. Prior del monasterio que, por razón de las circunstancias, convenía dar conocimiento al Subprefecto de Narbona de que S. E. se había retirado allí por una temporada. El Siervo de Dios opinaba que no era necesario; mas viendo después que el Sr. Obispo de Carasona era del mismo parecer que el P. Prior, dió su consentimiento á lo que éste le propuso.

Á primeros de Septiembre se cumplió el anuncio que varias veces, y particularmente cinco años antes, hizo el Siervo de Dios de que Napoleón III tendría una caída humillante. Habiendo Francia declarado la guerra á Prusia, confiada en las fuerzas asombrosas y los recursos de que disponía, después de algunas sangrientas batallas el ejército de Napoleón quedó vencido y el Emperador cayó prisionero, y con la libertad perdió el Imperio y murió en país extraño. Un corista del monasterio, llamado P. Ildelfonso, contó á nuestro P. Claret que el día en que cayó el Emperador, asomándose el Sr. Arzobispo por la ventana de su cuarto y levantando los ojos al cielo, dijo: “Hoy sucede en Francia algo extraordinario.„ y luego se recibió el telegrama de haberse entregado el ejército francés. También se cumplió en 20 de Septiembre su anuncio de la entrada de los italianísimos en Roma.

Estaba S. E. tan habituado á trabajar por la gloria de Dios

(1) Notas del Sr. Claret del 10 y 11 de Agosto de 1870.

que, apenas le pareció sentirse algo mejorado en su salud, emprendió de nuevo sus tareas mentales, sin dejar por esto ni disminuir sus acostumbrados ejercicios de piedad. Un día en que había salido á paseo con su capellán el P. Lorenzo Puig, éste le suplicó que no trabajase, pues no era conveniente á su salud. “Á la verdad, — respondió el Siervo de Dios, — la tengo en extremo delicada y estoy con Ud. de que no me conviene el trabajo.„ Mas pronto se olvidaba de ello, volviendo á sus inveterados hábitos de llenar algunas horas del día con alguna ocupación que le pareciera de provecho.

Habiéndose dado al poco tiempo por el Gobierno español una amnistía general, por la cual todos los españoles emigrados por causas políticas podían volver libremente á su patria, incluso los que se habían declarado enemigos del Gobierno con las armas en la mano, concibieron los nuestros algunas esperanzas de que se permitiría al Sr. Claret volver á nuestra Casa-misión de Prades. Un amigo de la Casa investigó acerca de este punto la opinión del Cónsul español, el Sr. Yebra de San Juan. La respuesta fué que se acudiese al Gobierno francés, lo cual quería decir, en buenos términos, que no había que esperar la protección de los que representaban en Francia al Gobierno español. ¡Hasta este punto llegó el odio sectario!

Hasta entonces apenas se sabía dónde estaba S. E.; aun en Prades se creía comunmente que el Sr. Claret se hallaba retirado orando y trabajando con los Misioneros españoles. Aún no sabemos cómo se publicó su permanencia en Fontfroide; pero es lo cierto que el día 3 de Octubre se presentaron en nuestra Casa-misión de Prades dos caballeros con algunos gendarmes preguntando por Mons. Claret. Viendo el reverendísimo P. José Xifré que la pregunta la hacía la autoridad, y en atención á los consejos que le habían dado, respondió que ya se había dicho al Sr. Prefecto de Perpignán el punto adonde fué el Prelado al salir de Prades. Mas como aquéllos insistieron en la pregunta, alegando que las autoridades se habían mudado, y dieran palabra de que la demanda no iba encaminada ni á prenderle ni á internarle, su Reverendísima les dijo de nuevo el paradero del Sr. Arzobispo. Á los pocos días los periódicos publicaban artículos furibundos contra el Sr. Claret diciendo que estaba en Fontfroide conspirando y reuniendo centenares de fusiles para los defensores de D. Carlos.

Estas calumnias se repitieron uno y otro día, y como la revolución andaba triunfante en España y tenían el gobierno de ella hombres sin religión y sin sentido común, dominados únicamente por el orgullo ó por otras pasiones más rastreras, tomaron de ahí pretexto para molestar al Siervo de Dios, intentando llevar á cabo en su mansión de muerte un registro inicuo, como para cerciorarse de si reunía ó no armas á favor de los carlistas. Si el proyecto no se llevó á cabo en Fontfroide, se verificó, como veremos, poco después de la muerte del Siervo de Dios en la Casa-misión de Prades, albergue de sus hijos.

Los republicanos franceses hacían causa común con los españoles, y al leer la especie calumniosa de que se ha hablado, y entendiendo el gusto que darían á estos últimos con registrar la pacífica morada del religioso retiro de Fontfroide, promovieron una intentona que llegó á saberse en el monasterio. Era esto cuando el Sr. Arzobispo se hallaba postrado en el lecho del dolor sin esperanzas de vida y en ocasión en que estaba en él el P. Clotet, quien, junto con el P. Lorenzo Puig, le asistía en la última enfermedad. Un día el Padre Amadeo, que era el médico del convento y miembro de él, llamó á nuestros dos Padres á una sala retirada, y les dijo: "Deseo prevenir á ustedes, pues hay una noticia muy grave, y es que mañana una partida de republicanos de Narbona viene á registrar el monasterio para ver si hay en él armas, pues los periódicos malos han dicho y repetido que Mons. Claret las recoge á favor de los carlistas.—¿Es posible?—preguntó admirado el P. Clotet, quien no acababa de persuadirse que se quisiera cometer tamaña injusticia con su buen Padre.—Así lo dan por cierto,—repuso aquél, y añadió:—Si comparece la autoridad, la respetaremos; pero si viene la canalla, les aseguro á ustedes que no entrarán en el aposento del enfermo: yo soy responsable de su vida, y no permitiré que entren.—Y ¿cómo resiste Ud. á la canalla?—preguntó el P. Clotet.—Le digo á Ud., P. Clotet,—replicó el religioso,—que no entrarán; antes me dejaré quemar.," El Rdo. P. Prior del monasterio, con la misma enérgica resolución, había también pronunciado estas palabras: "No se lo llevarán; le he ofrecido hospitalidad, y no permitiré que me lo quiten.,"

A pesar de la valentía que mostraban los religiosos del mo-

nasterio, nuestros dos Padres se afectaron mucho con la noticia, que se les comunicó de noche, y el P. Clotet asegura de sí ingenuamente que en toda ella no le fué posible descansar un solo instante. Al día siguiente el amable y virtuoso P. Prior del monasterio los animó diciendo: "Creo que no vendrán; mas si vinieran, irán con el Comisario y se convencerán de que nada hay de cuanto se propala contra Mons. Claret.,"

El P. Amadeo no había hablado sin fundamento: el corresponsal del *Messenger du Midi*, periódico de Montpellier, en su número de 30 de Agosto de 1871 decía: "Que después de la revolución del 4 de Septiembre, una banda de republicanos de la ciudad de Narbona, que fueron los comunardos del día siguiente, habían concebido la idea de ir á sacar violentamente del lecho del dolor al célebre P. Claret, Arzobispo de Trajanópolis, antiguo confesor de la Reina Isabel, y que no era, ciertamente, para aliviarle de sus males. Ignoro,—añadía,—el motivo que impidió á estos *bravos* el ir á cebar su furor en un anciano moribundo: tal vez tuvieron conocimiento de la resolución que formaron los buenos religiosos de Fontfroide de emplear la suficiente energía para rechazar la innoble agresión.," Entre tanto el Siervo de Dios sólo se acordaba de sus perseguidores para rogar por ellos.

5. Hemos llegado ya á los días postreros del Varón apostólico á quien tantas maravillas de celo y abnegación hemos visto realizar en el decurso de su vida. He aquí de qué manera describía la situación del Siervo de Dios la *Semana Religiosa*, de Perpignán, cuando sobrevino á aquél la enfermedad que debía conducirle al sepulcro. "La única consolación humana,—decía,— que la divina Providencia tenía reservada á Monseñor Claret y á la cual parecía muy agradecido, por ser de un corazón muy tierno, era el amor y afecto de sus hijos los Misioneros del Inmaculado Corazón de María, de quienes era Fundador, y que le han rodeado durante su permanencia en Fontfroide, y en particular en sus últimos momentos, con los más solícitos y asiduos cuidados. Al ver á los religiosos del monasterio, que también corrían á su alrededor, mostrábase siempre jovial y lleno de afectuosa gratitud. Ellos, á su vez, bendecían á la Providencia divina por el favor que les había dispensado al confiarles tan distinguido huésped, que esperaban conservar por largo tiempo, cuando un nuevo ataque de